

PAPEL DE LA UNIVERSIDAD EN PAISES DEL TERCER MUNDO

Eduardo Latorre

La comprensión de los fenómenos locales exige que enmarquemos nuestros análisis en la abstracción más general de la problemática universitaria. Pero, por ser fieles a la naturaleza tercer-mundista de nuestra sociedad, este esfuerzo intelectual debe ejercerse con un apego visceral a nuestros problemas de subdesarrollo para superarlos.

Este primer Documento presenta esta intención. Es una ponencia dictada por nuestro Rector en el I Forum de Organismos no-gubernamentales de Centro América y el Caribe, celebrado con el patrocinio de la Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial (ONUDI) y el Centro de Asistencia Técnica del INTEC (CEAT/INTEC). Este evento se celebró el 9 de febrero de 1977.

La universidad es una institución compleja, rica en sus posibilidades y limitada en sus acciones, fuerte en valores humanos y débil de poder en la sociedad. Situada en la cúspide de la educación formal, en la cima del saber, se le pide mucho y es mucho lo que debe ofrecer.

Oriunda de la Europa del Siglo XIII, la universidad fue cambiando con el orden social del Viejo Continente. Este cambio se fue produciendo en la medida en que se le atribuían nuevas tareas para suplir las necesidades del progreso del conocimiento y de la sociedad en que estaba inserta. Así, la Universidad de París del Medioevo, preocupada por conservar y transmitir lo conocido, con el objeto de formar un hombre "humanista", da paso a la Sorbona. Esta se preocupa por formar los recursos humanos profesionales de la nación Francesa, el talento necesario para mover eficazmente los engranajes de una sociedad industrial ordenada por el capitalismo.

Nacida al amparo de las catedrales, la universidad a veces languideció, al estar en una sociedad que no le hacía nuevas exigencias, como le sucedió a la vieja Salamanca en una España inmersa en el atraso. La institución seguía siendo buena, pero de una utilidad relativa en un mundo que ya había cambiado. El egresado dominaba perfectamente el latín y era hombre culto a la manera de la aristocracia. Sin embargo, éste no era prioritario a los intereses del comercio, las finanzas o la industria, es decir, al reino de la burguesía ascendente.

Otras veces podría decirse que la universidad se adelantó a su medio ambiente quedando relegada a ser un objeto decorativo aislada en su torre de marfil, como le sucedió a la Universidad de Berlín en una Alemania a la que precedió por tres cuartos de siglos. Esa institución fue la que dió el paso trascendental de transformar la universidad de ser sólo deposita-

ria y difusora de los valores y la cultura humana, a ser también un centro creador de conocimientos mediante la investigación científica. Los Junkers de Prusia no podían valorar lo que tenían; simplemente dejaron a los académicos ser y hacer siempre y cuando no se inmiscuyeran en los asuntos de la sociedad en que vivían. Los frutos surtieron efectos un siglo más tarde, con el desarrollo extraordinario de la filosofía, la ciencia y tecnología alemana. Pero alto fue el precio también de haber mantenido silencio, década tras década, con relación a los derechos del hombre y los fines y los medios de la sociedad en que se vive.

En la medida en que Europa se expande y se adueña del mundo, la universidad cruza los océanos y echa raíces en América, Asia y Africa. Refleja en cada lugar, la cultura y los intereses de la nación imperial que hizo el trasplante. Las colonias, por definición, sirven a las metrópolis, y la universidad no fue la institución que hiciera la excepción.

Con la independencia de los Estados Unidos, surge en América una nueva nación que se precia por la novedad de su sistema político y en la que se glorifica el pragmatismo de sus ciudadanos. La universidad americana, como el país, se va adaptando a un nuevo ambiente, menos interesado en la transmisión de la cultura que por "Know-How", el saber el cómo de las cosas para una aplicación inmediata. Nacen así las carreras técnicas, como la agronomía y la ingeniería industrial. Se trata de conquistar una naturaleza extremadamente espaciosa, llana y fértil, y desarrollar una industria muy eficiente que pudiera competir con la ya establecida en Europa. Nace también el concepto de extensión universitaria para una aplicación práctica y directa del conocimiento, un ejemplo de esto son los servicios de consultoría médica o industrial.

Por otro lado, la independencia de los países de la América Latina no significó una transformación del medio social, sino únicamente una ruptura política con la decadente España del Siglo XIX. La universidad Latinoamericana, sensible ante el atraso y las injusticias que el sistema político, al pasar las décadas, no resuelve, toma la bandera de la crítica social y de vanguardia del pueblo en su lucha por una mejor sociedad.

La universidad avanzaba intelectualmente con la marcha de la historia del pensamiento social, pero cada día limitaba su influencia en el medio ambiente, cada vez más lejano y cada vez más hostiles los poderes que lo determinan. Igual que la de Alemania, se aisló de la sociedad en que vivía, pero por razones muy diferentes: el exceso de conciencia que culminó en el activismo como fin, en detrimento del quehacer académico y científico.

La Revolución del 1917 trae consigo una nueva forma de organizar la sociedad y desarrollar a Rusia, el país más atrasado de Europa, a excepción de la Otomana Turquía, hasta llevarla a ser la segunda potencia industrial del mundo. El rápido tránsito de los que hasta hacía poco eran siervos de la gleba a obreros urbanos productivos, tuvo sus efectos inmediatos en la universidad. Esta tendría que responder a la ideología del socialismo y a la disciplina de un partido. Básicamente, la universidad puso énfasis en la formación de los recursos humanos de la nueva sociedad y en la formación del hombre socialista, al igual que había hecho la universidad americana en cuanto a sus necesidades de recursos humanos y en la formación de un hombre liberal.

La universidad del Siglo XX es el producto de todas estas valiosas experiencias institucionales acumuladas en siete siglos. Podríamos resumir los objetivos de la universidad contemporánea en la forma siguiente:

- a) Ser depositaria y difusora de los valores y la cultura humana.
- b) Ser forjadora de los recursos científicos, profesionales y técnicos que necesita la sociedad.
- c) La formadora de un hombre integral, definiéndose en cada orden social lo que esto significa.
- d) Ser creadora de nuevos conocimientos mediante la investigación.
- e) Ser conciencia crítica de la sociedad.
- f) Ser la asistencia directa a la sociedad mediante servicios especializados.

Sin duda alguna, la universidad es una institución compleja. Cada una mezcla algunos o todos estos objetivos en base a su propia receta. Lo que es imprescindible es la realiza-

ción de las tres funciones básicas de transmitir el conocimiento, crear nuevo conocimiento y poner el conocimiento al servicio de la sociedad, directa o indirectamente. Lo que decide la fórmula básica es, primero, las necesidades objetivas de la sociedad; segundo, las necesidades subjetivas de la sociedad; tercero, la naturaleza de las respuestas que quiere dar la institución; y cuarto, las respuestas que pueda dar la institución, internamente y externamente, a corto, mediano y largo plazo.

Determinar las necesidades objetivas de la sociedad es algo mucho más difícil de lo que parece a primera vista. Significa un conocimiento profundo de la realidad social y natural de la sociedad en cuestión, que, en nuestra época, es el estado nacional. Por otro lado, se requiere una visión muy clara de la naturaleza de la sociedad, para entonces poder considerar la línea de acción de la universidad. Por ejemplo, ésta puede actuar como instrumento de apoyo del orden social establecido en la formación de recursos humanos, siendo, al mismo tiempo, un factor de cambio en su visión crítica de este mismo orden social.

Las universidades del mundo industrialmente desarrollado, capitalista o socialista tienen, o por lo menos hasta recientemente tenían, una idea clara de su papel en la sociedad. Se resume a un problema de progreso material y ajuste social, coadyuvando al control sobre la naturaleza y sobre el ambiente social. De esta manera, mejoran la calidad de la vida de sus ciudadanos, cada cual dentro de su esquema ideológico particular.

Lo que son las necesidades subjetivas de la sociedad son determinadas mediante un progreso político, el cual culmina con el reconocimiento formal de éstas por parte del Estado. Es decir, son las necesidades definidas por sus élites dirigentes, a las cuales se aboca la universidad como instrumento social. Tenemos, como ejemplos fáciles, la rápida industrialización soviética, la extraordinaria producción agrícola norteamericana o la carrera armamentista de ambas. Sigue siendo, no obstante, parte del papel de la universidad recalcar las necesidades objetivas a las cuales los poderes existentes o no reconocen o no les dan la debida importancia.

La universidad del Tercer Mundo no obedece a un mo-

delo totalmente diferente al de estos países. Por el contrario, ha abusado de la copia en detrimento de la originalidad. Heredera de una rica tradición y encumbrada en el prestigio en una sociedad de iletrados, todavía esta universidad no ha encontrado la fórmula precisa para responder a las necesidades particulares de su medio ambiente. Quizás se deba, principalmente, a la indefinición del Tercer Mundo y a la posiblemente errónea concepción que del mismo se ha tenido como embrión de los dos mundos ya conocidos.

La universidad se trasplanta en su versión de copia-carbón al mundo de Africa, Asia y América Latina, con semblanza de su original, pero siempre algo menos que ella, a pesar de su parecido, y con una utilidad marginal. Como siempre, han habido sus excepciones, pero lo importante en este caso es poder determinar la regla, para conocer la realidad y actuar en ella en beneficio de la sociedad. La universidad, por ejemplo, ha sido útil en la formación de recursos humanos profesionales, pero, en su descuido por la investigación científica, no ha generado una visión coherente de la realidad del mundo en que vive y, en consecuencia, ha actuado como si fuera un reflejo condicionado en favor de otra realidad que no es la de ella.

Empecemos porque la expresión Tercer Mundo es simplemente una forma conveniente para referirse al ochenta por ciento, aproximadamente, de la humanidad, agrupada en una centena de países, fruto del colonialismo europeo. Estos países tienen en común el ser pobres frente a los países ricos de los mundos capitalistas y socialistas, que consumen un setenta por ciento de la producción mundial. La expresión Tercer Mundo no sirve de identidad, como lo serían Africano, Hindú o Costarricense, que reflejan conceptos geográficos, culturales y políticos. Más bien hace referencia a dos mundos con los cuales su única relación es la dependencia.

El Tercer Mundo es producto del desarrollo y expansión del capitalismo. Este fenómeno, por un lado, acelera el progreso del hombre; hace de la humanidad una sola, despierta millones de seres a las ventajas de la ciencia y la tecnología; deja atrás las formas primitivas de ser y hacer, para convertir al hombre en el rey incuestionable de las cosas terrenales. Por otro lado, sin embargo, la unión de la humanidad no se basó

en un libre contrato de Rousseau, sino en la cadena de la explotación, de la obligación al trabajo para que el fruto de ese esfuerzo lo disfrutaran unos pocos señores de Occidente. El desarrollo de la industria que nos deslumbra con sus productos de toda clase, no era posible sin ese esfuerzo conjunto de la humanidad, aunque tan desigualmente han sido repartidos sus beneficios y tan injustamente se ha determinado la división internacional del trabajo —trabajo bruto para el primitivo y especializado para el desarrollo.

El hombre abandona la magia y se abraza de la ciencia, salvo que en cuestiones de salud, por ejemplo, la mayoría no tiene con que comprar su salvación, cada día más cara y más compleja. Abandona la tribu y el clan; se dice ciudadano y ve con asombro su bandera pisoteada y los regímenes de fuerza prosperar; a su gente dividida en clases; la patria hipotecada. Y el supuesto soberano resulta no ser el dueño de nada —ni del aire que respira, ni del agua que bebe, ni de la tierra que cultiva o de cuyas entrañas saca mineral.

Pero todavía más, el hombre también abandona sus formas de expresarse y de pensar. Imita el arte de Europa y ahoga el de su tierra natal, hasta que empieza a sentirse inferior a los que producen las máquinas y conducen con ellas los destinos de la humanidad. Es a esta realidad a la que ha servido la universidad, por ser parte integral de ella y sentirse incapaz de crear.

Han pasado ya casi cinco siglos desde que las carabelas de Colón avistaron las tierras que baña el Mar Caribe, dando inicio al proceso de unificación mundial. Hoy día, la interdependencia de los pueblos no se cuestiona; lo que está sobre el tapete son las formas de organización de la humanidad. No es posible que se continúe por mucho tiempo la injusticia en que vive la gran mayoría de los seres humanos, como tampoco es verdad que no ha habido un despertar de los hombres del Tercer Mundo. Estos, conscientes de su realidad, iniciaron ya la búsqueda de los caminos que los llevarán al disfrute pleno de su potencial como hombres y como pueblos.

La universidad del Tercer Mundo tiene como obligación primaria servir de vanguardia en esa búsqueda de verdad y contribuir al difícil tránsito de la humanidad hacia el siglo

XXI. Debe empezar por dar respuestas a las necesidades específicas de su sociedad y a las de la sociedad mundial, replanteándose su quehacer institucional, no para imitar, sino para crear y contribuir al diseño de un futuro nuevo y a la formación de un hombre universal.

Los valores y la cultura del hombre pertenecen al hombre, mutando de acuerdo a los avances de los distintos tipos de sociedad que ha conocido la historia. La fusión de las culturas de la humanidad, que han hecho posible la expansión del capitalismo y la tecnología de las comunicaciones, tendrá sus grandes efectos en el próximo siglo. Y no será una cultura dominante y avasalladora, como ha sido la Europea, sino una auténtica cultura de la humanidad. La universidad del Tercer Mundo tiene un papel de suma importancia que desempeñar en este aspecto: romper con los condicionantes de la subordinación y la dependencia cultural, con las falsas ilusiones de un hombre pre-colonial que nunca jamás podrá volver a ser, si es que existió alguna vez; deberá jugar su papel creativo, ayudando al parto de la cultura universal, aportando lo que es autóctono y aprendiendo de los demás; enriquecerá al hombre, para el servicio del hombre en sus tres grandes valores: Amor, Belleza y Verdad.

En la formación de recursos humanos, cada universidad debe, primero, conocer las necesidades de su comunidad y, segundo, determinar sus áreas de servicio, tanto en cantidad como en calidad. Es decir, primero hay que saber cuántos científicos, profesionales y técnicos se necesitan y, luego responder con el tipo de recursos humanos convenientes al nivel adecuado de preparación.

Para países pequeños y pobres como son prácticamente todos los de Centro América y el Caribe, es difícil justificar la preparación de científicos para viajes interplanetarios, o la preparación de médicos superespecializados para dar servicio sólo al diez por ciento de la población, o simplemente ignorar la preparación de los técnicos, por tener una visión estrecha de lo que es la universidad. El énfasis hay que ponerlo en la preparación de académicos y científicos para tareas especializadas de aplicación inmediata, como son, por ejemplo, la enseñanza, la botánica para países agrícolas o agroindustriales, o la sociología para agilizar los cambios de las comunidades al

menor precio posible. Las preguntas básicas, las de investigación pura, tendrán que hacerlas, principalmente, aquellos países que tengan los medios, a excepción del área de las ciencias sociales, en la cual cada país tiene que hacer su aporte.

En el área de recursos profesionales, la pregunta no puede ser qué han hecho Francia o Polonia en la formación de un abogado o de un ingeniero, sino qué tipo de profesional es el que se necesita para un país del Tercer Mundo. En primer lugar, debe ser un hombre con la capacidad de entender su mundo natural y social y a sí mismo. Debe ser conocedor del saber universal en su campo específico y debe tener el talento necesario para ingeniar soluciones a los problemas profesionales que confronta.

En segundo lugar, el profesional debe tener vocación de servicio, por ser un privilegiado de la sociedad. Esta le da conocimientos que no deben ser usados como instrumento de propiedad personal. El servicio hay que prestarlo donde haya necesidad y no sólo donde haya rentabilidad. En último lugar, la universidad debe hacer hincapié en formar a este hombre, en el sentido amplio de la palabra, más que en informar a este profesional. La cantidad de conocimientos existentes no permiten siquiera su simple transmisión. Y si le añadimos los constantes resultados de la investigación, nos damos cuenta de que lo aprendido es rápidamente obsoleto. Esto reafirma la necesidad de una buena formación para ir aprendiendo en la práctica profesional. El problema está en tener el equipo mental para aprender rápido y para pensar, más que en poseer las habilidades de un oficio particular.

El problema de la formación de técnicos debe enfrentarse de la misma manera, primero determinando qué es lo necesario y cuántos. El descuido de la universidad en esta área ya ha empezado a subsanarse. Se plantea su papel en la sociedad dejando atrás los moldes de la universidad profesionalizante. La respuesta deberá consistir en la comunidad de servicios de salud, por ejemplo, que resultan suficientes o cuyos cursos están siendo mal utilizados. Para esto se necesita tanto el médico general, como el especialista. Pero en mayor cantidad se necesita el personal para-médico rural, que atienda las necesidades básicas de la población en los campos, donde está la mayoría de nuestros habitantes. También se necesita el operario de ra-

diología, el asistente de cirugía, el laboratorista y muchos más. Todo esto haría posible una cobertura de salud adecuada y suficiente.

La universidad del Tercer Mundo debe ser cuidadosa también en la formación del hombre como hombre y no sólo en su condición de recurso humano. El porqué y para qué de la vida debe encontrar respuestas en la sabiduría de la humanidad. Cada persona y cada generación debe hacer nuevamente estas preguntas y dar sus respuestas, enmarcadas en una visión del hombre del pasado y del hombre del futuro, utilizando la ciencia como herramienta intelectual para descubrir lo que ya ha sido e imaginar lo que puede ser.

El conocimiento es dinámico, tiene su vida propia en sociedad. La búsqueda del hombre ha trascendido todos los sistemas sociales conocidos, aunque condicionando en cada caso la naturaleza de las preguntas a las propias de esa sociedad. Esta, a su vez, es condicionada por el conocimiento mismo. Ciertamente es que para la Edad Media lo más representativo era Santo Tomás, preocupado por conciliar la revelación divina de la Iglesia con la razón de los clásicos griegos. Pero al mismo tiempo había un Francis Bacon, preocupado por el desarrollo del pensamiento inductivo, como germen del método científico que tendría apogeo siglos más tarde.

La universidad del Tercer Mundo tiene que ser parte de su medio ambiente, pero al mismo tiempo tiene que trascenderlo, aportando nuevos conocimientos, fruto de la investigación científica. Responder, en países productores de azúcar de caña, cómo se hace azúcar mejor y más barato es ya hacer un aporte. Algunos sentirán nostalgia por la época del buey y la carreta y otros considerarán más fácil simplemente importar el tractor sin pensar en las consecuencias. Responder cómo debe organizarse la sociedad en que se vive, en función de unas estructuras internacionales condicionantes, es también hacer un aporte, como sería el descubrir remedios para enfermedades tropicales o para una escuela formal de la que sólo terminan minorías y luego no saben qué hacer con lo aprendido.

La universidad del Tercer Mundo tiene que ser precavida, pero no puede dejar de ser valiente. Son tantos los problemas y las injusticias y son tan claras las imágenes de las ventajas

obtenidas en el mundo industrializado en sus dos vertientes, que sólo metiendo la cabeza en la tierra, como el avestruz, puede ignorárselas. Su papel de conciencia crítica tiene que jugarlo: señalando los errores del pasado y caminos hacia el futuro; enfrentando las verdades del presente. La universidad no puede ser víctima de los dogmas de iglesias, partidos o de todos aquellos que creen sentirse con el derecho de negarle a otros su libertad. La universidad no puede permanecer impávida ante la negación del hombre por otros hombres. Simplemente estaría renunciando a su verdad.

La universidad tiene que ser cuidadosa en desempeñar su papel con los medios propios de su forma de ser. Debe ir armada con el conocimiento y la razón, a sabiendas de lo impotentes que son, a corto plazo, cuando se enfrenta con la fuerza bruta. No puede nunca dejarse arrastrar, como institución, a otro campo de batalla que no sea el de ella. Su misión es detectar los problemas que aquejan a la sociedad, recomendando y laborando alternativas viables, pero nunca jamás suponiendo que por sí sola puede remediarlas, al margen del pueblo y del Estado.

Para cumplir con su papel de prestar asistencia directa a la sociedad, mediante servicios especializados, a la universidad del Tercer Mundo le toca una responsabilidad mucho mayor de la que hasta el presente, como norma general, se había planteado. Esta tiene que participar directamente en los problemas de insuficiencia de producción y productividad; en los de orientar, mejorar y adecuar los servicios a la comunidad, tales como servicios legales, de transporte y comunicaciones, de defensa, de salud, vivienda, educación y bienestar social; en los problemas de fomentar el desarrollo del arte y la cultura y la divulgación del conocimiento; y en los problemas de procurar una mayor racionalización de los procesos de la sociedad y en la toma de decisiones públicas.

En el Tercer Mundo, el Estado, en términos generales, adolece de una débil institucionalización. En vez de esperar la demanda de conocimiento por parte de los gobiernos para aplicarlos en beneficio de la sociedad, la universidad tiene que adelantarse y ayudar al Estado a orientar las soluciones de los problemas de la sociedad, haciendo gala de talento y sentido común, además de seriedad y conocimiento.

Tomemos, como ejemplo, algo que nos toca muy de cerca: la captación y utilización de recursos internacionales. De los pocos recursos que se ofrecen, los países pobres pequeños del Tercer Mundo logran captar sólo una minoría y dejan perder lo que les hace falta. De los que llegan a los países, sólo una parte se aprovecha, a veces por la misma insistencia de los organismos internacionales, y el resto se desperdicia. Por otro lado, ha habido poca capacidad en guiar los recursos ofrecidos para que sean los que convienen a los países y no a los mentores y a la burocracia de los organismos internacionales. A veces mandan residuos de programas o "expertos" sobrantes, que si hacen algo, no resuelven nada, al complicar lo que hacen. Piensan en soluciones grandilocuentes de ventaja personal o responden a un medio ambiente donde sobran los recursos físicos y financieros.

Aunque amantes cada cual de su país, existe la evidencia suficiente para darnos cuenta de que sólo juntos podremos actuar en el ámbito internacional: Centro América y el Caribe como sub-región, América Latina en el plano Continental, y el Tercer Mundo en el plano mundial. Sólo con soluciones globales y en unión con los demás, es como pueden realmente plantearse soluciones viables a los problemas que aquejan a la humanidad. No es utopía, es realidad.

El Instituto Tecnológico de Santo Domingo, institución universitaria que nos honra presidir, consciente de sus deberes y del papel que como universidad del Tercer Mundo, tiene que desempeñar, ha visto con orgullo que su Centro de Asistencia Técnica (CEAT) haya sido escogido para servir de anfitrión, conjuntamente con los prestigiosos miembros de su Comité de Enlace, de este Forum de Organismos de Desarrollo no-Gubernamentales de Centro América y el Caribe, patrocinado por la Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial (ONUDI).

El INTEC, como le llamamos familiarmente a nuestro Instituto, ha sido pionero en la educación superior dominicana, especialmente en los niveles de Post-Grado y en la Educación Permanente, por considerarse a sí mismo un centro educativo experimental y complementario en el sistema universitario dominicano y por orientar sus actividades hacia la trans-

formación de la sociedad dominicana y elevar la calidad de la vida de sus habitantes. Andamos en la búsqueda de verdad y soluciones, adecuando la organización de nuestra universidad a la naturaleza de los problemas que debe atender, en vez de conformar la situación a modelos del pasado.

Con visión de futuro, la Junta de Regentes, el organismo máximo de INTEC, creó el Centro de Asistencia Técnica (CEAT/INTEC) como organismo de enlace entre la universidad y la industria. La función del Centro es actuar como un prisma en la canalización de la ciencia y la tecnología hacia la producción y la productividad, así como conocer, en la dinámica de la realidad, las necesidades que tienen los organismos de producción en recursos humanos, en conocimientos y en asistencia. Creemos que de esta manera podemos contribuir positivamente hacia un desarrollo económico real e independiente, contribuyendo a la racionalización de los procesos productivos.

En su corta vida de apenas unos dos años, el CEAT/INTEC, con el apoyo de ONUDI, ha logrado hacer una clínica de gestión industrial para detectar las necesidades de la industria nacional y actuar en consecuencia con sus requerimientos. Así mismo, ha realizado cursos de entrenamiento con la participación de personas representantes de más de un centenar de empresas públicas y privadas y ha prestado servicios de investigaciones aplicadas con fines inmediatos. Todas estas actividades le valieron para que la representación de la Organización de los Estados Americanos (OEA) le solicitara al INTEC que prestara su colaboración facultando que el CEAT/INTEC y su Comité de Enlace, le organizaran una sesión de trabajo con los sectores productivos nacionales al Secretario General de la OEA, Sr. Alejandro Orfila, durante su visita al país el pasado mes de Julio de 1976. Esta sesión, permitió por primera vez, a los organismos productivos nacionales presentar formalmente sus inquietudes al más alto nivel de un organismo internacional.

El evento en que hoy participamos tiene como finalidad agrupar los organismos de desarrollo de la sub-región, para que determinemos juntos la forma de un enlace directo con ONUDI, que sirva de orientación en la determinación y la canalización de recursos para el área. El INTEC, como Univer-

sidad del Tercer Mundo, ve con simpatía la organización en función de hacer demandas concretas de asistencia técnica y financiera y está dispuesto a colaborar directamente en este empeño. Por tanto, a nombre del **Instituto Tecnológico de Santo Domingo**, me permito ofrecer, para la deliberación de este Forum, que el CEAT/INTEC sirva de secretaría, transitoriamente, hasta que se logre un organismo propio o se determine que el mismo continúe desempeñando estas labores de enlace entre ONUDI y los organismos de desarrollo no gubernamentales de Centro América y el Caribe.

Definitivamente, la Universidad es una institución compleja. Definitivamente, también, la Universidad del Tercer Mundo es una nueva dimensión de una institución de antaño. De no creerlo así, el INTEC no haría presencia en este cónclave internacional, ni se nos hubiera invitado como participantes activos con algo que decir. El reconocimiento de una nueva realidad es lo que permite actuar eficazmente en ella para conservarla o para cambiarla. Si no logramos convencer de que estamos en una nueva dimensión, tendremos que esperar otra oportunidad o tendremos que modificar nuestro criterio. Pero si nuestros argumentos han sido convincentes, tomemos las riendas de la oportunidad y empecemos a galopar el camino de nuestro común destino: el hombre para el servicio del hombre y una sociedad de la humanidad.